

Si en su primera acusación había sido sumiso por salvar á un hermano querido, ahora se defendía con toda la energía de un corazón largo tiempo lacerado.

El joven Magistrado salió de allí creyendo que se le faltaba en la dignidad de su cargo, y se dirigió muy poco satisfecho al despacho del Director, donde hizo venir á algunos detenidos del taller de cestería.

Brazier y Sagot comparecieron los primeros, jurando que nada habían visto, que nada sabían; protestaron de las palabras del preso, diciendo que ellos no tenían por qué quererle mal, siendo así que, por el contrario, siempre estaban sufriendo sus vejaciones.

El Juez tomó aquella falsedad por inocencia, y juzgó á los acusados dignos del mayor interés; otros testigos fueron interrogados, y sólo uno, al que sin duda Brazier había dado ya su lección, dió á entender que no se había registrado bien el escritorio de Leconte, que ¡quién sabe si tenía *plancha!*

XXII

El Director asistió al interrogatorio, y se apresuró á explicar al Juez lo que en el *caló* de las prisiones significa *plancha*, que son los escondites donde los presos ocultan los objetos que quieren sustraer á los Vigilantes.

—¡Es posible!—dijo el joven Magistrado; ¿y no se han reconocido esos escondites?

—Haré observar al señor Magistrado, que si los conociéramos, no existirían.

—Es verdad. Pues es preciso buscarlos, descubrirlos. Este preso da á entender que Leconte puede tener un escondite en la misma mesa en que trabaja.

—Por desgracia,—dijo el Director,—hemos registrado inútilmente toda la mesa.

—Pues es preciso volver á reconocerla: levantad hasta las tablas del pavimento.

—Señor, el pavimento de esta casa no es de tablas, sino de ladrillos, y se han examinado todos los que parecían desunidos ó removidos recientemente.

—Pues es preciso buscar la *plancha* que, según ese detenido, tiene Leconte.

—Eso deseo, pero ni mis Vigilantes ni yo sabemos donde buscarla: se han abierto los cajones, se han registrado todos los paquetes, los libros...

—¿Nada más?

—¿Qué más queréis que hiciera, señor Magistrado.

—Destruir la mesa entera.

—Estoy pronto, señor; pero será dándome vos una orden firmada, con la cual yo salve mi responsabilidad ante el Ministerio, porque me pedirán cuentas por haber destruído el mobiliario...

—Se os dará esa orden,—dijo con cierta solemnidad.—Toda cuestión de economía desaparece ante la rectitud de la ley.

Inmediatamente se dirigieron hacia el taller, y comenzó la destrucción de la mesa bajo la dirección del Magistrado, sin dar resultado alguno: desmontaron después los sillones unidos al escritorio, y los secretos que esperaban encontrar, no parecieron.

A pesar de la calma que quería imponerse el Magistrado, su agitación era visible. Si después de todas estas órdenes de destrucción no se encontraba *plancha* ni escondite, el personal de la

casa quedaba á cubierto, y él, víctima de la burla de un detenido; pero si, por el contrario, el objeto parecía, era un golpe maestro de su parte, y un principio glorioso para su carrera.

La mesa había sido inspeccionada en todas sus partes: veíanse apilados en el suelo sus cajones; después de haberlos desocupado y sondeado, al Magistrado se le ocurrió decir:

—¡Si hiciéramos astillas la mesa entera!...

—Podéis hacerlo,—dijo el Director ya amostazado;—mientras hacemos eso, pasamos el tiempo.

La luminosa idea se puso en práctica; todas las tablas de la mesa se hicieron pedazos, y el Magistrado fijo en su idea, exclamó:

—Ya no nos queda más que los pies de la mesa; que sufran la misma suerte.

—Como gustéis. Dad un hachazo,—dijo el Director á uno de los Vigilantes.—Después de todo, así la mesa no tiene ningún valor.

Pero el Vigilante que armado de un hacha cumplía las órdenes, se detuvo á mitad de la operación...

—¿Que tenéis,—le dijeron.

—Aquí hay una cavidad.

—Veamos,—dijo el Magistrado, en cuyos ojos se leyó una mirada de triunfo.

Introdujo por sí mismo la mano, y parecía tan profunda, que no era posible llegar con ella al fondo; mandó que se dieran un par de hachazos más, y en efecto, en aquel pie macizo existía un hueco perfectamente disimulado, en cuyo fondo se encontró la cartera que buscaban con los diez mil francos.

—Ya lo veis, señores,—dijo el Magistrado paseando una mirada de triunfo;—¡la Justicia no se engaña jamás!

Todos se inclinaron con asentimiento, y el Director no pudo disimular una sonrisa.

Por desgracia esta victoria material inspiró al novel Magistrado otra más completa, y después de haber hecho el descubrimiento del cuerpo del delito, se propuso probar la culpabilidad del acusado Lecomte. La ocasión que se le presentaba al Procurador de la República, era de aquellas que en principio no se dejan escapar, y para todos los Magistrados que iban á entender en el proceso, aparecía Luciano Lecomte con negros colores, gracias á la habilidad que se proponía emplear aquel Magistrado.

La inverosimilitud, como tantas veces sucede, debía imponerse á la verdad, que á veces no se presenta creíble. Luciano era un presidiario; las pruebas materiales estaban en contra suya, y la verdad era, que antes de la llegada de Luciano á la Casa Central, aquel escondite había sido practicado por su antecesor, íntimo amigo de Sagot, al que había hecho conocer el secreto por si le pudiera ser útil algún día. Sagot había sido discreto guardando el secreto para sí hasta aquel instante, en donde después de robar y ocultar la cartera para ser consecuente con su amigo Brazier, gozaría el tabaco y el dinero que éste le ofreciera, y se hizo el razonamiento siguiente:—Si se descubre el secreto, Lecomte está perdido; si no se descubre, tendré igualmente esto, y además los diez mil francos guardados en la cartera escondida, porque antes de abandonar la prisión, me ingeniaré, para apoderarme de ella.

Como se ve, la cartera pareció, y el desgrado Luciano sucumbió bajo la implacable verosimilitud.

Quando el Juez de Instrucción entregó la causa, los Magistrados la estudiaron con detención, resolviendo que el acusado compareciera ante el Juzgado del Seine y Marne.

Luciano era ya un sentenciado que sufría una condena: su situación no podía sino agravarse; empezó, pues, su martirio con la dura variación de pasar los días trabajando en un taller, en lugar del escritorio, y las noches, hasta que se viera su causa, encerrado en un calabozo.

TERCERA PARTE

I



DESDE su llegada á Paris, Mourad-Bey no habia perdido el tiempo, y después de alquilar en la calle del Circo un magnífico hotel, cuyos jardines se extendían hasta la Avenida del Eliseo, le hizo amueblar por Fleuriot, tan conocido en Paris como estimado en Oriente, desde que tuvo á su cargo alhajar el palacio del Kedive. Gracias al gusto de este tapicero, la morada del antiguo habitante de Túnez no chocaba ni por la exageración ni por la afectación de sencillez, escollo que todas las personas distinguidas logran salvar.

Mientras decoraban su nueva habitación, Mourad reanudaba amistades con sus antiguos amigos de Paris, ó con los que se habia conquistado en sus largos viajes, todas personas de la mejor sociedad parisién. Su desgracia ministerial, en lugar de dañarle, le hacia simpático, y su manera original de salir de Túnez, quemando su palacio y dando libertad á trescientas mujeres, le aseguraban las simpatías de una sociedad siempre ávida de excentricidades.

Los diplomáticos que le habían conocido en